

visto. Vais á ver un tejido de absurdos; pero ellos os harán ver el exceso á que han llegado algunas veces la impostura y la credulidad.

Habiendo abordado Ulises á Temesa, ciudad de los Brutios, uno de sus compañeros, llamado Pólites, fué asesinado por los habitantes, quienes á poco experimentaron todas las plagas de la venganza del cielo. Consultado el oráculo, les mandó que aplacasen el genio de Pólites, levantando en honra suya un edificio sagrado, y que le ofreciesen todos los años la doncella mas hermosa del pais. Obedecieron; y con esto gozaron del mayor sosiego, hasta que hácia la olimpiada sesenta y seis, llegó un famoso atleta, llamado Eutimes, en el momento en que acababa de entrar en el templo una de estas víctimas desgraciadas; el cual logró el permiso de acompañarla, y enamorado de su belleza, le preguntó si consentía en casarse con él, luego que la pusiese en libertad. Vino en ello la doncella, y entonces se apareció el genio; pero quedó vencido por el atleta, y renunció el tributo que se le ofrecia siete ú ocho siglos hacia, yendo á sumergirse en el mar vecino.



CAPITULO LXV.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA. HISTORIA.

Viéndome Euclides ir muy temprano al dia siguiente, me dijo: me sacais de un cuidado; pues temia que os hubiese fastidiado la conversacion tan larga que tuvimos últimamente; hoy vamos á tratar de los historiadores, y no nos detendrán ni opiniones ni preceptos. Muchos han escrito historia, pero ninguno ha tratado del modo de escribirla, ni del estilo que le conviene.

Pondremos al frente de todos á Cadmo, que

vivia cerca de dos siglos ha, y se propuso ilustrar las antigüedades de Mileto su patria: Bion de Proconesa hizo un compendio de esta obra.

Desde Cadmo tenemos una sucesion continua de historiadores, y entre los mas antiguos citaré á Eugeon de Samos, á Deyoco de Proconesa, á Eudemo de Paros, y á Democles de Pigela. Cuando lei estos autores, dije yo entonces, no solamente me irritaron las fábulas absurdas que cuentan, sino que exceptuando los hechos de que fueron testigos, no creí en nada de lo demas; porque á la verdad, si ellos han sido los primeros que nos los han trasmitido, ¿de dónde los tomaron?

Euclides me respondió: todo ello se conservaba en la tradicion que perpetúa de edad en edad, las revoluciones que han afligido la humanidad: en los escritos de los poetas, que han conservado la gloria de los heroes, las genealogías de los soberanos, y el origen y trasmigraciones de muchos pueblos; en las largas inscripciones que contienen los tratados ajustados entre las naciones y el orden sucesivo de los templos principales de la Grecia*; y en las fiestas, altares, estatuas y edificios erigidos con motivo de ciertos acontecimientos, que la vista

* Véase en el capítulo xli de esta obra el artículo de Amiclas, y en el capítulo liii el de Argos.

de los sitios y ceremonias parecia renovar todos los años.

Es verdad que la relacion de estos sucesos se fué cargando poco á poco de circunstancias maravillosas, y que nuestros primeros historiadores adoptaron sin examen este conjunto confuso de verdades y de errores; pero despues manifestaron mas crítica Acusilao, Ferécides, Hecateo, Xanto, Helánico y otros; y si no desembrollaron enteramente el caos, á lo menos dieron ejemplo del desprecio que merecen las ficciones de los primeros siglos.

Aquí teneis la obra en que Acusilao, refiriendo las genealogías de las antiguas familias reales, empieza desde los siglos anteriores á la guerra de Troya, y aun desde Foroneo, rey de Argos. Ya lo sé, le respondí yo, y me reí muy bien al ver que este autor, y los que le han seguido, llaman á Foroneo el primer hombre. Sin embargo Acusilao es digno de indulgencia; pues si aproxima demasiado á nosotros el origen del género humano, tambien ensalza el del Amor, dándolo por uno de los dioses mas antiguos, y como nacido con el mundo.

Poco tiempo despues de Acusilao, dijo Euclides, floreció Ferécides de Atenas, ó mas bien de Leros, una de las islas Sporades, el cual recopiló las tradiciones relativas á la historia antigua de Atenas, y al mismo tiempo las de los pueblos

vecinos. Esta obra es de mucha importancia por los hechos que contiene, como son la fundacion de muchas ciudades, y las emigraciones de los primeros habitantes de la Grecia. Las genealogías que trae, tienen aquel defecto, que en el origen de las sociedades, aseguraba la gloria de una familia; y así en llegando á los siglos mas remotos, se desenlazan por medio de alguna divinidad, como por ejemplo se ve en ellas, que Orion era hijo de Neptuno y Euriala, y Triptolemo hijo del Oceano y de la Tierra.

Del mismo tiempo son Hecateo de Mileto, y Xanto de Lidia: ambos gozaron de una reputacion, que han disminuido, mas no extinguido las tareas de sus sucesores. El primero se propuso tambien aclarar en su historia y genealogías, las antigüedades griegas, atendiendo á veces á examinarlas, y descartar lo maravilloso. « Veis aquí, dice en el principio de su historia, lo que refiere Hecateo de Mileto; yo escribo lo que me parece verdadero. Los Griegos han escrito, á mi parecer, muchas cosas contradictorias y ridículas. » En vista de esta promesa, ¿quién creyera que concederia el don de la palabra al carnero que trasportó á la Cólquide á Frixo?

La historia no habia tratado todavia mas que de la Grecia, hasta que Hecateo extendió sus límites, recorriendo al Egipto y otros países desconocidos hasta entonces. Su descripcion de la

tierra añadió nuevas luces á la geografia, y suministró materiales á los historiadores que han venido despues.

Aquí teneis la historia de Lidia, escrita por Xanto, autor exacto y muy instruido en las antigüedades de su país, y la acompañan muchas obras que Helánico de Lesbos publicó sobre las diferentes naciones de la Grecia. Este autor, que murió en el año veinte y uno de la guerra del Peloponeso*, está falto de orden y diminuto; pero termina con honor la clase de nuestros primeros historiadores.

Todos ellos se habian limitado á exponer la historia de una ciudad ó de una nacion; pero todos ignoraron el arte de enlazar los sucesos que interesan á todos los pueblos de la tierra, y de formar un todo arreglado con tantas partes sueltas. Heródoto tuvo el mérito de concebir y ejecutar esta idea grande, poniendo á la vista de los Griegos los anales del mundo conocido, y presentándoles, bajo un punto de vista, cuantos sucesos memorables habian ocurrido en casi doscientos cuarenta años. Entonces se vió, por la primera vez, un conjunto de pinturas, que puestas unas al lado de otras, se hacian mas espantosas; vióse en ellas las naciones siempre inquietas y en movimiento, aunque anhelando su re-

* Hacia el año 410 antes de J. C.

poso; desunidas por el interes, y reunidas por la guerra; suspirando por la libertad, y gimiendo bajo la tiranía, el crimen triunfante por todas partes, la virtud perseguida, la tierra regada con sangre, y el imperio de la destruccion establecido de un cabo del mundo al otro. Pero la mano que pintó estas perspectivas, suavizó de tal modo el horror de ellas con lo bello del colorido, y con imágenes agradables; juntó á la belleza de su plan tantas gracias, armonía y variedad, y excitó tan continuamente aquella dulce sensibilidad que se regocija del bien, y se aflige del mal, que su obra se tuvo por una de las mas insignes producciones del espíritu humano.

Permitidme aventurar aquí una reflexion; y es, que parece que tanto en las ciencias como en las artes, los talentos entran al principio en la carrera y luchan con las dificultades por algun tiempo. Despues que han apurado sus esfuerzos, viene un hombre de ingenio eminente, que pone el modelo mas allá de los límites conocidos. Esto es lo que hizo Homero con el poema épico; y esto lo que ha hecho Heródoto con la historia general. Los que vengan despues de él, podrán distinguirse por la belleza de las descripciones, y por una crítica mas ilustrada; pero en cuanto á seguir el bello plan de la obra, y el encadenamiento de los hechos, intentarán mas bien igualarle que excederle.

Por lo que hace á su vida, bastará decir, que nació en la ciudad de Halicarnaso en Caria, por el año cuarto de la olimpiada setenta y tres; que viajó por la mayor parte de los países de que queria escribir la historia; que leida su obra en la junta de los juegos olimpicos, y despues en la de Atenas, recibió generales aplausos; y que obligado á dejar su patria, despedazada por facciones, fué á acabar sus dias á una ciudad de la Grecia mayor.

En el mismo siglo vivia Tucídides, cerca de treinta años mas joven que Heródoto, y de una de las primeras familias de Atenas: puesto al frente de un cuerpo de tropas, contuvo por algun tiempo las de Brasidas, el general mas habil de Lacedemonia; pero habiendo este último sorprendido la ciudad de Anfipolis, Atenas tomó venganza en Tucídides, de un revés que este no podia precaver.

En su destierro, que duró veinte años, juntó materiales para la guerra del Peloponeso, y no perdonó ni desvelos ni gastos para averiguar, no solamente las causas que la produjeron, sino tambien los intereses particulares que la prolongaron; con cuya mira fué á diferentes naciones enemigas, consultó en todas á los gefes del gobierno, á los generales, á los soldados, y él mis-

* Hacia el año 484 antes de J. C.

mo fué testigo de la mayor parte de los acontecimientos que tenia que describir. Su historia, que comprende los veinte y un años primeros de esta guerra fatal, se resiente de su amor excesivo á la verdad, y de su caracter, que le llevaba á la reflexion. Algunos atenienses que le vieron despues que volvió del destierro, me han asegurado que era muy serio, que pensaba mucho y hablaba poco.

Tucidides queria mas instruir que agradar; llegar á su fin, que pararse en digresiones; y así es, que su obra no es como la de Heródoto una especie de poema, en donde se hallan las tradiciones de los pueblos sobre su origen, la analisis de sus usos y costumbres, la descripcion del pais que habitan, y los sucesos maravillosos, que casi siempre estimulan la imaginacion, sino mas bien son unos anales, ó si se quiere unas memorias de un militar, que al mismo tiempo estadista y filósofo, ha mezclado en sus relaciones y arengas, los principios de sabiduría que habia recibido de Anaxágoras, y las lecciones de elocuencia que le habia dado el orador Antifon. Sus reflexiones son por lo comun profundas, y siempre atinadas; su estilo enérgico, conciso, y por esto mismo oscuro algunas veces, y ofende el oido por intervalos; pero fija sin cesar la atencion, y se diria que su dureza constituye su magestad. Si este autor estimable emplea ex-

presiones anticuadas, ó palabras nuevas, es porque un ingenio como el suyo, rara vez se acomoda á la lengua que hablan todos. Hay quien diga que Heródoto, por motivos personales, refirió tradiciones injuriosas á ciertos pueblos de la Grecia. Tucidides no dijo mas que una palabra de su destierro, sin defenderse, ni quejarse, y ha representado como un hombre grande á Brasidas, cuya gloria eclipsó la suya, y cuya fortuna causó su desgracia. Xenofonte, á quien habeis conocido, continuó, felizmente la historia de Tucidides.

Heródoto, Tucidides y Xenofonte serán sin duda mirados en adelante como nuestros principales historiadores, aunque se diferencian esencialmente en el estilo. Y sobre todo, dije yo entonces, en el modo como comunmente miran los objetos. Heródoto ve en todo una divinidad envidiosa, que está aguardando á los hombres y los imperios, que lleguen al punto de su elevacion, para precipitarlos en el abismo: Tucidides no descubre en los reveses, mas que los yerros de los que gobiernan el Estado ó mandan los ejércitos: Xenofonte atribuye casi siempre al auxilio ó á la ira de los dioses el buen ó mal éxito de las cosas. Así cuanto hay en el mundo pende del fatalismo, segun el primero: de la prudencia, segun el segundo; del respeto á los dioses, segun el tercero. ¡Tan cierto es que estamos natu-

ralmente propensos á atribuirlo todo á un corto número de principios favoritos!

Euclides prosiguió diciendo: Heródoto bosquejó la historia de los Asirios y de los Persas; pero un autor que conocia mejor que él estas dos célebres naciones ha manifestado sus errores. Este es Ctesias de Gnido, que ha vivido en nuestro tiempo. Fué médico del rey Artaxerxes, é hizo una larga mansion en la corte de Suza; nos ha comunicado lo que halló en los archivos del imperio; lo que vió, y lo que le dijeron testigos de vista; pero si es mas exacto que Heródoto, es inferior en el estilo, aunque no carece de gracias, y sobre todo se distingue por su grandísima claridad. Entre otras muchas obras, nos dejó Ctesias una historia de las Indias, en la que trata de los animales y producciones naturales de aquellos climas remotos; pero como los informes que le dieron no eran fieles, se empieza á dudar de la verdad de sus relaciones.

Aquí veis las antigüedades de Sicilia, la vida de Dionisio el viejo, y el principio de la de su hijo, escrito todo por Filisto, que murió pocos años ha, despues de haber visto desaparecer la armada que él mandaba á nombre del mas joven de estos príncipes. Filisto tenia talentos, que en algun modo le han puesto á la par de Tucídides; pero no tenía las virtudes de Tucídides; antes bien es un esclavo que solo escribe para adular

á los tiranos, y descubre á cada instante que es todavia mas amigo de la tiranía que de los tiranos mismos.

Con esto pongo fin á esta enumeracion, en que me he alargado demasiado. Acaso no hallareis un pueblo, una ciudad, un templo célebre que no tenga su historiador. Actualmente se emplean muchos escritores en este género, como son Eforo y Teopompo, que se han distinguido ya; dos beocios llamados Anaxis y Dionisiodoro, que acaban de publicar la historia de la Grecia; y Anaximenes de Lámpsaco, que nos ha dado la de los Griegos y la de los bárbaros, desde el origen del género humano, hasta la muerte de Epaminondas.

Un título tan pomposo, le dije yo, no me da buena idea de la obra; porque vuestra cronología va á duras penas hasta cinco ó seis siglos mas allá de la guerra de Troya, y allí se acaba el tiempo para vosotros; ademas si se exceptuan unos cuantos pueblos extranjeros, os es desconocido el resto de la tierra; de manera que no percibis mas que un punto, tanto en la duracion como en el espacio; ¡y vuestro autor pretende decirnos lo que sucedió en los siglos y países mas remotos!

Quando se conocen los títulos de antigüedad que los Egipcios y los Caldeos alegan en su favor, ¡con qué compasion se mira la imperfec-